

1981

## LO PEOR DE TODO

El último informe del Instituto Nacional de Estadísticas confirma que la tasa de desocupación del Gran Santiago bordéa el 20%. En otras regiones del país es mayor aún.

Frente a esta cesantía "que aflige a uno de cada cinco chilenos" -además de los acogidos al Empleo Mínimo-, la Conferencia Episcopal ha hecho un llamado a buscar "soluciones solidarias". Para ello se dirige "en primer lugar al Estado, como principal responsable del Bien Común, para que promueva y cree las condiciones que posibiliten una substancial mejoría del problema".

Pero el llamado de los Obispos no tuvo mucha difusión. Aunque el mal es angustioso y todos dicen reconocerlo, no parece haber cabal conciencia de su gravedad.

El frío lenguaje de los porcentajes estadísticos disimula la dimensión humana y la trascendencia nacional del problema. Para advertirlas es necesario recordar que ese 20% representa cerca de 800.000 chilenos sin trabajo. A los que hay que agregar los "177.718 beneficiarios del PEM" y los varios miles más que, para ganarse la vida, han tenido que irse al extranjero.

¿Se ha pensado bien lo que esto significa?

Como dijo Juan Pablo II hace apenas un año, "el trabajo es un bien del hombre, porque mediante el trabajo el hombre no solo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre" (Laborem Exercens, nº 9). El que carece de trabajo se halla imposibilitado de realizarse a sí mismo y de cumplir los mandatos bíblicos de "dominar la tierra" y de ganar el pan con el sudor de su frente. La cesantía atenta contra su dignidad personal, lo dismi-

nuye aún ante su propia familia, lo fuerza a ser inútil y lo conduce a la frustración, al derrotismo y a la neurosis, si es que no lo empuja a la violencia o al delito.

Basta lo dicho para advertir que la cesantía es lo peor de todo. Ningún otro problema económico -ni la inflación, ni el déficit presupuestario, ni el desequilibrio de la balanza de pagos- entraña tan grave grama humano y causa tanto perjuicio como la desocupación.

Y cuando las víctimas de este mal alcanzan -como está ocurriendo-, entre la cuarta y quinta parte de la población activa del país, el asunto adquiere caracteres de catástrofe nacional, porque significa que Chile se está paralizando. Lo vemos en la industria, en la construcción, en la agricultura, en la pequeña y mediana minería, es decir, en las principales fuentes creadoras de riqueza.

Es muy penoso y causa justificada inquietud patriótica comprobar que el mal se agrava día a día sin que se adopten medidas eficaces para corregirlo.

Hasta ahora "las leyes del mercado" han demostrado que no sirven para afrontar esta hecatombe. ¿Qué se espera para emprender una política inteligentemente programada ~~para~~ de reactivación económica, capaz de dar trabajo a los chilenos y de impulsar verdaderamente el desarrollo nacional?

Patricio Aylwin A.